

apoyo de semejantes asertos, citáanse escritores á quienes se da el nombre de *grandes*, y filósofos á quienes se aplica el dictado de *profanos*, amontónanse citas sobre citas, aléganse argumentos, préstanse libros; y lástima causa el pensar el éxito horrible con el cual, mediante estos medios, se destruye en el entendimiento las ideas rectas, los sentimientos de justicia en las conciencias, los nobles instintos en el corazón; lástima causa el pensar el éxito abominable con el cual se consigue administrarles ese horrible tósigo cuya malignidad solo hace comprender la muerte espiritual que produce; lástima causa el pensar con qué facilidad se consigue arrebatarles las esperanzas, la dicha y consuelo de la fe. Horroroso es el ver el número de víctimas, de apóstatas de religion, de tráfugos de la Iglesia, que, por proceder semejantes, recluta todos los días la falsa ciencia en la juventud, en el sexo, en el pueblo, cuya buena fe pretende deliberadamente engañar, *abusando de la ignorancia y contando sobre la credulidad.* »

Mucho distamos de atribuir intenciones tan perversas á todos los que se engríen del título de *racionalistas* y *eclecticos*. Mucho distamos de pensar que todos los que cultivan la filosofía con títulos semejantes, profesen tal ojeriza á la religion.

Al contrario, prestos estamos á creer que muchos de ellos, sin designio premeditado de culpabilidad, y únicamente instigados por la vanidad, la flaqueza, ó en obsequio al espíritu de la moda, repiten lo que han sacado de las escuelas atemanas.

Nos acordamos de haber leído, en nuestra juventud, un poemita francés muy bonito, pero no menos malicioso, intitulado VERT-VERT. Trátase en este poema de un lorito que, habiendo aprendido á bordo de una embarcacion, las palabras obscenas, las blasfemias y juramentos de los marineros, las repetía sin embozo en una casa religiosa en que habia sido enviado, con escándalo de la santa comunidad. Tal es la impresion que recibimos de ciertos sabios que, habiendo aprendido en Alemania ó en los libros publicados en esta nacion, la filosofía hueca, estúpida, oscura, blasfematoria, producida y fomentada por el protestantismo, la repiten como papagayos en Francia, en esta tierra clásica del catolicismo, con gran escándalo de un pueblo tan ingenioso y cristiano, sin reparar en lo enorme de los asertos que articulan, ni en el mal que causan.

§ III. El error del dia. Objeto y plan de la obra. LA RAZON FILOSÓFICA Y LA RAZON CATÓLICA. Conferencias sobre LA CREACION.

Pero no es menos cierto que el ateismo disfrazado bajo los nombres de racionalismo y de eclecticismo, es el error del dia, el error dominante, el error padre de todos los errores; y que, salvo pocas excepciones, este error constituye el fondo de la moderna filosofía; y por consiguiente; como ya lo hemos dicho en nuestra primera conferencia, este error es el que debe, antes de todo y con exclusion de todo, llamar la atencion, é interesar el zelo de los que tienen á su cargo enseñar, demostrar y defender la religion. Cuando el dogma se halla atacado por su misma base, no es el momento oportuno de ocuparse de opiniones cuya discusion no es de ninguna calificacion para los fieles, nada temible para los incrédulos, en nada útil á la Iglesia. ¿Quién puede pensar en los puestos avanzados, cuando el enemigo, después de haber derribado todas las trincheras, se halla presto á entrar en la plaza?

Por esta razon, cuando llegamos (en febrero de 1851) á esta metrópoli de Francia, — que pudiera igualmente llamarse « del mundo » á causa de la poderosa influencia que en el orbe ejerce, — en el curso de las conferencias que debimos predicar, tuvimos por principal mira el *racionalismo*, esa ciencia embustera de nuestros días, que se intitula « filosofía, » en lo que concierne á la religion. Bajo el título de *La razon filosófica y la razon católica*, trazamos la historia de ambas estas razones, exponiendo sus principios, sus progresos y sus resultados generales (Conferencia I, II y III.); y apoyados de hechos incontestables, arrancamos la máscara á la miseria, á la bajeza, á la pequenez, á la esterilidad, á la impotencia de la razon filosófica antigua y moderna, que ha intentado caminar sola á la conquista de la verdad; y, al propio tiempo, indicamos la riqueza, la elevacion, la grandeza, la fecundidad, la fuerza de la razon católica que supo establecer en la fe su punto de partida, que supo inspirarse y ayudarse de la luz y certidumbre de la religion. Tambien demostramos que la razon filosófica, lejos de haber hallado por su propio medio, una sola verdad que no conocia, llegó, al contrario, á perder todas las verdades que conocia en lo tocante á la fe de la enseñanza religiosa y las tradiciones, y acabó por abismarse en el golfo del escepticismo; mientras que, al contrario, la razon católica, depositaria fiel de las verdades de

la fe, se elevó á la mayor altura en el conocimiento de la misma verdad en el órden filosófico, reposando tranquila y dichosa de sus verdaderas conquistas y de sus progresos, en el seno de la mas completa certidumbre.

Mas adelante tratamos la gran question de la Iglesia (Conferencia IV y V), probando que nada hay mas *racional* ni mas legitimo que el homenaje que le tributa la *razon católica*, al paso que nada es mas injusto ni mas insensato que el desden con el cual la *razon filosófica* se desconfia de su testimonio y rechaza su doctrina.

Despues de estas reseñas relativas á las aptitudes y condiciones de ambas estas razones con respeto á la verdad en general, quisimos que se las viese en accion en sus diferentes apreciaciones y trabajos, en lo concerniente á los principales dogmas del cristianismo. Emprendimos una exposicion lata y profunda de los principales dogmas del cristianismo; y, mediante las luces y ciencia de los Padres y doctores de la Iglesia, esas fulgorosas antorchas de la ciencia católica, tuvimos la dicha, á lo menos á lo que nos ha sido asegurado, de presentar los dogmas de Dios TRINO y UNO, del hombre y de su destinacion, de JESUCRISTO y de su Encarnacion, como dogmas, no menos conformes á la razon, que grandes, sublimes, majestuosos y superiores á la misma razon. (Conferencia VII, VIII y IX.)

Tales fueron las materias de la primera estacion de nuestras *Conferencias sobre la razon filosófica y la razon católica*.

La exposicion del dogma de la CREACION hubiera debido seguir inmediatamente al de la augusta Trinidad; pero, como este es asunto demasiado dilatado para poder ser agotado en dos ó tres conferencias, lo reservamos para la estacion de 1852, á la que, en efecto, lo consagramos por entero.

Desde luego debimos hacer ver la importancia de este dogma capital, de este primero de los artículos del Símbolo, de este fundamento de toda ciencia y de toda religion, y al mismo tiempo la necesidad de tratar á fondo en el dia semejante asunto. Tal es lo que efectuamos en nuestras Xª y XIª Conferencias, demostrando, con la historia de la filosofía antigua y moderna en la mano, la verdad de la observacion de Lactancio y de Bossuet, que todos los errores en materia de religion y de filosofía, fueron y serán, en todos tiempos, la consecuencia lógica, necesaria, de la negacion del dogma de la creacion.

Pero no era posible, en estas dos Conferencias dar á esta tésis toda la latitud que exigia su naturaleza; y por este motivo añadimos un *En-*

sayo Sobre la filosofía antigua, el cual, en la impresion hemos colocado en medio de estas mismas conferencias, para poder servir de *ilustracion* á una y otra, y á todas las que siguen. En este *Ensayo*, demostramos, alegando sus propias declaraciones, que los antiguos filósofos al negar el dogma primitivo y tradicional de la creacion, cayeron en el *ateísmo* en materia de religion, en el *cinismo* en materia de moral, y en el *escepticismo* en cuanto á filosofía. Igualmente probamos que muchos de estos filósofos, — y en particular Platon, Aristóteles y Ciceron, — cuando se ciñeron á explicar las creencias comunes del género humano, escribieron magníficas páginas sobre Dios, el hombre y los *deberes*, siendo, en tales circunstancias *teólogos* y *profesores del dogma*. Pero tambien observamos que, cuando aislándose de las tradiciones, quisieron establecer la verdad por su propia razon, cuando quisieron hacer el papel de filósofos, les huia la verdad dejando apenas en sus ánimos algunas ideas *vagas, inciertas y mutables*; en otros términos, *opiniones* mas ó menos probables, mas ó menos serias, pero no *creencias ciertas, constantes, inmóviles* sobre las mismas materias; y que estos mismos hombres que tan elegante y elocuentemente discurrían de la moral y de Dios, carecían en realidad de Dios y de moral.

Al apoyarnos en los argumentos sin réplica de Ciceron entre los antiguos, y de Descartes entre los modernos, insistimos particularmente en este *Ensayo* sobre la imposibilidad de evitar el escepticismo, si no se empieza por admitir que el hombre es la obra de Dios. Ahora rogamos encarecidamente al lector que se defenga algún tanto en el § 49 del mismo escrito: y no dejará de quedar sorprendido de ver á Descartes atacando y hostigando al ateo, desafiándole á que pueda jactarse de tener la menor certidumbre en cosa alguna, desde el momento que niega al Dios criador del hombre; y es cosa que deja atónito al ver al filósofo francés, considerado como el primer promotor del *racionalismo moderno*, establecer en la fe en un Dios criador, el fundamento de *toda* certidumbre.

Bien consta que al partir de la negacion del dogma *del mundo criado de la nada*, la razon filosófica antigua y moderna imaginó, y no pudo menos de imaginar tres hipótesis para explicar la existencia del mundo; ó 1º *Que Dios no crió el mundo de la nada, sino que lo formó de una materia preexistente, no criada, eterna como él mismo*; y tal es el *dualismo* de Platon y Aristóteles, ó la doctrina de los dos principios igualmente eternos, y por consiguiente igualmente divi-

nos; ú 2º *Que Dios formó el mundo de su propia sustancia*; y resulta el PANTEISMO, ó la doctrina que admite que no hay mas que una sola sustancia real, la de Dios, y que Dios es todo y todo Dios; ó 3º *Que Dios en nada coopera á la formacion del mundo*; y que este es el resultado del movimiento eterno, esencial de la materia, ó de las aglomeraciones fortuitas de los átomos; sistema que lleva el nombre de ATOMISMO, ó de MATERIALISMO.

Ahora bien, en nuestras Conferencias XII, XIII y XIV, combatimos estas tres hipótesis. Empezamos por probar que no son de modo alguno, como generalmente se opina, invenciones y manifestaciones de la razon filosófica moderna, del progreso humanitario; sino desbarros chabacanos que, por órganos de mayor mérito que los filósofos modernos, opuso la razon filosófica antigua al dogma católico de la creacion, en los primeros siglos del cristianismo; y que, de un modo perentorio, derribaron, pulverizaron y barrieron la lógica y elocuencia de los Padres de la Iglesia. Y siendo tan antiguos estos mismos errores, fácil nos fue combatirlos por argumentos antiguos; habiendo hallado en los Padres de la Iglesia argumentos adecuados para impugnar estos mismos errores por mas acicalados y llenos de afeites que hayan podido retoñar y volver á presentarse. Probamos en tercer lugar, que estas tres disparatadas hipótesis, conducen de un modo recto, si bien por vias diferentes, al ateísmo y al escepticismo, ó por mejor decir, que no son mas que el ateísmo y el escepticismo; en otros términos, la destruccion de toda verdad y de toda razon; y que por consiguiente, renovados por el racionalismo moderno en nombre de la razon, constituyen los tres sistemas mas funestos que se puede imaginar, y al mismo tiempo lo mas ruin, lo mas necio, lo mas sandio, lo mas irracional que puede soñar la humana mente.

Pero despues de haber destruido, era necesario edificar; despues de haber demostrado que los sistemas por los cuales pretende la razon filosófica reemplazar el dogma de la creacion son inmensamente irracionales, era necesario demostrar que este mismo dogma, es, al contrario, eminentemente conforme á la razon, y el solo que pueda admitir la razon sin degradarse, para explicar la existencia del universo.

Tal es la demostracion que, fundándonos en el testimonio de Santo Tomás, dimos en la conferencia XV, en la cual probamos que la creacion del mundo de la nada es: 1º POSIBLE, 2º RACIONAL, y 3º que, siendo *inimaginable* para la *fantasia*, es muy CONCEBIBLE para la inteligencia, pues, como nos dice San Pablo, por la consideracion de las

creaturas visibles, los atributos invisibles de Dios, y particularmente su poder, son concebibles para la razon humana: *Invisibilia Dei, per ea que facta sunt INTELLECTA conspiciuntur; sempiterna quoque Dei virtus et divinitas.* (ROM., 1.)

La Conferencia XVI presenta las pruebas de este mismo dogma, sacadas de los Libros santos, y la demostracion palpable de que esta Revelacion, tal como la contiene la Biblia, se halla llena: 1º de grandeza y magnificencia, 2º de razon y filosofia, y 3º de evidencia y verdad.

Por último, la Conferencia XVII trata de la Resurreccion de los muertos conforme al dogma de la creacion.

Esto basta para probar que las materias contenidas en nuestras Conferencias, forman un todo completo en que se halla explicado el dogma de la creacion en todos sus principios y consecuencias, en toda su verdad, su grandeza, su importancia, su magnificencia y su hermosura.

Ciertas personas, cuyo intento no ha sido seguramente el de lisonjearnos, nos han asegurado que mas de un alma cristiana, al oír ó leer esas explicaciones de los dogmas de la Iglesia por los Padres y doctores de esta misma Iglesia, no pudieron menos de exclamar « Mucha dicha le cabe de ser católico al que lee ú oye todo esto. » Plenamente satisfechos y santamente ufanos del éxito de nuestros afanes, les presentamos aqui por entero la ofrenda de nuestros trabajos; y les manifestamos nuestro humilde reconocimiento, constándonos que, al tratarse de los buenos resultados conseguidos en nuestro ministerio, nada es el hombre que siembra, nada el hombre que riega, como observa muy bien San Pablo; y que todo lo es el Dios que bendice, el Dios que fecunda, el Dios que da el incremento: *Neque qui plantat, neque qui rigat, est aliquid; sed qui incrementum dat Deus.* (I Corinth., c. 3.) Tal es, y no otro, el fin que nos hemos propuesto en estas Conferencias.

Efectivamente, al paso que reducimos á su justo valor, la ciencia de esos tristes pedantes de filosofia, que la han profesado en ambas partes del Rin y de la Mancha, erguidos en sus cátedras que ocupaban como tronos, ébrios de orgullo é hinchados de vanidad; al paso que probamos que los elogios que los rodean, son, por lo que les concierne, una usurpacion flagrante, y una prostitucion de parte de los que se los prodigan; al paso que demostramos que, si bien puede haber mérito en su estilo, elegancia en sus frases, cierta gala florida en su lenguaje; su doctrina que profunda se proclama, es hueca y fofa, oscura y no su-

blime, ininteligible y no abstracta, grosera como la materia, chabacana como la ignorancia; en una palabra, una doctrina que nada es, cuando no es extravagancia, blasfemias y desatinos; al paso que demostramos que esos hombres que pasan por *inteligencias profundas*, no pasan, en realidad de *ánimos ilusos y delirantes*, y que esos pretendidos *autores, propagadores, directores del movimiento, del progreso intelectual moderno*, en vez de hacer *progresar* la razon en las vias luminosas del cristianismo, la han empujado, al contrario en vias torcidas, lóbregas y cenagosas, haciéndola retroceder hasta la ignorancia y supersticion de los siglos paganos; en una palabra, al paso que, en castigo de su orgullo, humillamos la *razon filosófica*, exaltamos la *razon católica* en premio de su humildad. Nuestro intento ha sido elevar, alentar esta razon que tanto se desconfía de si misma, y que, con tanta facilidad, se somete á la enseñanza de la fe; y al mismo tiempo abastecerla de armas templadas en los manantiales de la ciencia cristiana, por las cuales pueda fácilmente defenderse contra los ignobles ataques de la razon filosófica. Nuestro intento ha sido precaverla contra los sofismas de la incredulidad ignorante, que se engríe de su vano saber. Hemos querido vengarla de las injurias y rechifla de su rival perversa, demostrando que la ciencia profunda, seria y modesta fue siempre creyente y fervorosa; que el genio es naturalmente cristiano; que la incredulidad es el atributo de la ciencia superficial, temeraria, insolente; el carácter de los ánimos turbulentos, de las naturalezas perversas, de los hombres de pasiones. Hemos querido inspirar á la *razon católica* un santo orgullo de ser lo que es, por el cuadro de las grandezas de la fe, por la persuasión que solo en la fe y por la fe, es noble, es digna y rica la razon humana; solo en ella y por ella, grande, sublime, perfecta; y que solo, en su sagrado seno y alumbrada por su divina luz, se ve impelida á exclamar: « ¡ Cuanta dicha me cabe al ser católica ! »

§ IV. Promesas futuras del autor.

Pero la catáquesis debe seguir á la apología, y los hechos servir de apoyo á los razonamientos. Si nos lo permite el estado de nuestra salud que amenaza arruinar enteramente una enfermedad mortal, volveremos á seguir, el año que viene, el curso de nuestras predicaciones; pero, en vez de *Conferencias* sobre la religion, predicaremos Homilias sobre el Evangelio.

Así, á la *Exposicion de los principales dogmas del cristianis-*

mo, que, con la gracia de Dios, concluiremos este año, añadiremos la *Exposicion de los principales rasgos de la vida y doctrina de Jesucristo*, su fundador divino. Por consiguiente, no se tratará de filósofos en estas Homilias, sino de Padres de la Iglesia, á los cuales dió Dios la mision de realzar, — mision que fielmente desempeñaron, — la importancia, sublimidad, misterio, lecciones y divino encanto de los Evangelios; en otros términos, explicaremos el Evangelio no solamente en el sentido moral sino tambien en el dogmático, misterioso y profético; y comentaremos la divina palabra con el auxilio y método de los Padres, auxilio y método que volvieron á Bossuet tan grande, y de que desde Bossuet hasta nuestros días, se prescinde en la cátedra cristiana.

A medida que pronunciaremos estas *Homilias*, las mandaremos imprimir, haciéndolas preceder de un tomo sobre el *Espiritu y belleza de los Libros sagrados*; y cuando quedará terminada nuestra empresa, resultará un curso completo de religion que dejaremos gustosos á la Francia, como un recuerdo de nuestro tránsito por este bello é importante país, y como un débil testimonio de agradecimiento por la hospitalidad generosa que nos ha dispensado.

Llenos de fe en la palabra del Evangelio y de sus grandes intérpretes, los Padres de la Iglesia, esperamos que las publicaciones evangélicas que nos proponemos dar á luz, serán recibidas cordialmente en esta ciudad, y causarán provecho en las almas cristianas; esperanza tanto mas fundada, cuanto que, habiéndose dignado Dios bendecir un primer ensayo en este género, el éxito ha sobrepujado á lo que hubiéramos osado imaginar.

Entretanto, y volviendo á nuestras Conferencias, juzgamos esta la ocasion oportuna de responder á algunas críticas que nos han sido dirigidas con motivo del tenor de estas mismas Conferencias.

§ V. El autor no cree deber responder á críticas que llevan los caracteres de la malevolencia ó ignorancia de la cuestion.

No nos detendremos ni un solo instante en refutar las acusaciones de esos críticos que, como lo han probado los ANALES DE FILOSOFÍA (abril 1852, pág. 502-507), nos han sido hechas sin habernos leído, ó habiéndonos leído mal, con la idea manifiesta y con el malévoló deseo de encontrarnos tacha; ó bien, torciendo, con una intencion deplorable, nuestras citas, aislando nuestras frases, ó atribuyéndonos cabalmente lo contrario de lo que habiamos dicho. Semejantes críticas solo son

acreedoras al olvido y al perdon; y no hay que discutir con el intento premeditado, la ojeriza y la mala fe.

Tampoco insistiremos en esos filósofos de estrado que, para llamar la atencion en sus personas, y pasar por sabios, ya que no pueden pasar por hombres de Estado, hablan de ciencia con el mismo tino con que antes hablaban de política; y que, para aparentar haber leído á Santo Tomás, nos levantan el falso testimonio de haber citado falsamente á este gran doctor. Pero, si bien se examina, descubrimiento es este que no les pertenece, y que han copiado de un periódico publicado el año pasado, cuya buena fe había sido juzgada convenientemente por el señor Bonnetty en el pasaje de los ANALES que hemos citado.

Nos han censurado igualmente de haber juzgado á los antiguos filósofos únicamente sobre la palabra de Ciceron, el cual no era filósofo. Pero los que nos han leído saben muy bien que nuestras apreciaciones de los sistemas de los antiguos filósofos se fundan tambien en otros escritores que hemos citado; y que si hemos invocado la autoridad de Ciceron, ha sido, no como filósofo, sino como un *testigo* de la filosofía de los antiguos, y un testigo cuya fidelidad y competencia están al abrigo de toda sospecha. Por último, si quisiésemos ser tan severos para con esos críticos como lo son ellos mismos para con Ciceron, les diríamos, y con mayor razon tal vez, que no siendo absolutamente filósofos, no tienen derecho alguno de emitir un fallo en discusiones meramente filosóficas.

Quisieramos ver en esos señores críticos, personas tan graves como son apreciables; pero, con harto pesar nuestro, no podemos menos de declarar que no no es posible, pues acaban de revelarse á sí mismos como ingenios muy superficiales que discurren sobre cosas filosóficas sin conocer una palabra, que se meten en las mas intrincadas cuestiones con una ligereza increíble; que se creen filósofos porque son literatos de mérito, y olvidan que, al tratarse de tesis filosóficas y de los mas elevados problemas de la razon humana, nada puede excusar la indigencia de la verdadera ciencia, la miseria del pensar, la pobreza de las ideas. Y digámoslo sin rebozo, críticas procedentes de tales ingenios, venablos disparados por tan débiles manos, *Telum imbelles sine ictu*, pueden tan solo merecer la indulgencia. Tan excusado es discutir filosofía con los gramáticos, como teología con los abogados.

Por otra parte, en nuestro opúsculo *Sobre la verdadera y falsa filosofía* (París, en casa de Gaume, 1852), hemos de antemano respondidos á esos aristarcos. Consulten esta obrita, y verán lo que decir-

les pudiéramos, y con mayor derecho, y lo que decir no queremos por discrecion.

Pero no sucede lo mismo con algunas observaciones dirigidas por personas serias, en interés de la verdad y de la religion, que defienden como nosotros, y mejor que nosotros. Semejantes observaciones procedentes de tal parte son acreedoras á explicaciones de nuestra parte, y no es nuestro objeto escasearlas.

§ VI. Respuesta á la observacion: Que el autor de las Conferencias ha tratado con dureza á los filósofos. Testimonios de Jouffroy sobre los horribles estragos causados por esos filósofos en la juventud. Estos estragos justifican toda severidad para con sus autores.

Severos en demasia y aun desprovistos de caridad, nos han juzgado ciertos críticos para con los filósofos modernos. Pero el que quiera juzgarnos mas por el espíritu que por la letra, mas por el conjunto que por palabras aisladas de nuestra polémica, verá que nuestra « severidad » recae mas que en los filósofos, en la falsa filosofía. ¿Y acaso merecen los errores caridad, indulgencia, miramientos? ¿Por ventura no nos dice San Agustin, que, en toda polémica con los *errantes*, sin cesar de amar las personas, hay que ser inexorable en combatir, en afear, en acabar con los errores? *Diligite homines; interficite errores.*

En segundo lugar, conviene advertir que no menospreciamos todos los que han inaugurado en Francia el eclecticismo y el racionalismo; todos los que lo han patrocinado y esparcido á la sombra y bajo el prestigio de sus nombres y de su genio. Sabemos que, en todas partes, y especialmente en este país, muchos hombres valen mas que sus doctrinas, doctrinas que acaban repudiar; y no desesperamos ver algunos de los caudillos del eclecticismo y racionalismo francés, cuando habrá llegado el momento de la desilusion, volver á entrar en el gremio del dogma cristiano, en que tan solo hallan tranquilidad los grandes ingenios y las almas elevadas.

En tercer lugar, existen, entre estos filósofos, muchos de ellos de buena fe, descarrados á consecuencia de la ignorancia de las verdaderas doctrinas, ó por una enseñanza deplorable, los cuales buscan sinceramente la verdad y son dignos de encontrarla. Por sugetos semejantes abrigamos el mayor respeto, el mayor aprecio, la mayor estimacion; y solo despreciamos, solo combatimos los que, con una mala fe insignificante, con un encarnizamiento infernal, se obstinan en arrancar del espíritu y corazon de la juventud, de las almas sencillas y honradas,

toda la creencia religiosa que ellos mismos abandonaron, é inspirarles, é imponerles doctrinas funestas que ellos mismo no creen, de que ellos mismos se mofan.

Como en las ferias se exponen á los ojos de los niños juguetes miles que les causa el apuro de escoger entre la abundancia; del mismo modo la razon filosófica presenta mil sistemas que pintan con colores seductivos; pero á lo menos los juguetes que seducen á los chiquillos en nada les perjudican, mientras que los errores que despachan ciertos filósofos dan la muerte al alma.

Hay mas: sus escuelas son verdaderas casas de juego. Bien consta que, en estas guaridas, las pobres víctimas que acarrea la sed del oro, acaban por dejar toda su fortuna; del mismo modo, en las escuelas de que se trata, hay pobres ignorantes que, atraídos por el atractivo de la ciencia, acaban por perder su fe, patrimonio de todos el mas precioso que les legaron sus madres cristianas. En esas escuelas filosóficas, aprenden á dudar de aquello de que no dudaban, á ignorar lo que conocían, á renegar lo que creían, á despojarse de toda verdad poseída. La negacion de todo es la sola afirmacion, la nada de toda creencia la sola parte positiva de tal enseñanza, ¿y quién podra decir que calumniamos á semejantes filósofos? ¿quién osará propalar que exageramos los estragos de su filosofía? Véamos como salió de sus manos, como fue vaciada en el molde de sus doctrinas, y de nuevo criada á semejanza de su espíritu un alma bellísima, una inteligencia privilegiada. Aludimos al difunto Jouffroy. Preguntémosle para que nos diga el bagaje que consigo trajo al dejar una escuela célebre, la provision que había hecho de verdades é ideas morales, que debian formar toda su vida el alimento de su espíritu y la regla de su conducta. Preguntémosle, y no dudemos de la veracidad de sus respuestas, pues la hipocresía y la mentira repugnan á una noble naturaleza como la suya. Nos responderá informándonos, con toda exactitud, de lo que vienen á ser esa enseñanza funesta por la cual, como por nuevas horcas caudinas, se ha visto obligado á pasar la juventud francesa. « ¡Ay! nos dice, nacido de padres piadosos, y en un país en que rebosaba de vida la fe católica en el principio del siglo, desde temprano habia sido acostumbrado á considerar el porvenir del hombre y el cuidado de su alma como el gran negocio de la vida; y toda mi educacion subsecuente había contribuido á formar en mí estas disposiciones serias. Por mucho tiempo habian respondido plenamente las creencias del cristianismo á cuantas necesidades, á cuantas inquietudes causan en el alma se-

« mejantes diposiciones. A las cuestiones que eran para mi las solas que mereciesen ocupar al hombre, la religion de mis padres daba « amplia respuesta; sinceramente creia en esta religion, y, gracias á « esta creencia, clara me era la vida presente, y, mas allá, veia ex- « tenderse sin nubes el porvenir que promete. Tranquilo en cuanto al « camino que debia seguir en este mundo; tranquilo en cuanto al fin « del mundo ulterior á que debia conducirme la senda de esta vida; « comprendiendo la vida en sus dos fases y la muerte que las une; « comprendiéndome á mi mismo; comprendiendo los designios de Dios « en mí, y amándolo por la bondad de estos designios, era feliz gozando de la dicha que resulta de una fe viva y cierta en una doctrina « que resuelve todas las grandes cuestiones que pueden interesar al « hombre.

« Pero en los tiempos en que nací, era imposible que fuese duradero « esta dicha; y habia llegado el dia en que, del seno de este apacible « edificio de la religion que me habia recogido al nacer, y á cuya sombra habia pasado mi juventud, debia oír el viento de la duda que « azotaba por do quier sus muros y todo hacia vacilar en sus mismos « cimientos.

« Una vez en duda á los ojos de mi razon la divinidad del cristianismo, habia sentido aquella temblar en sus fundamentos todas sus « convicciones... Y tal fue el declive en que resbaló mi inteligencia, y « poco á poco llego á alejarse de la fe.

« Entonces supe que, en el fondo de mí mismo nada permanecia de- « recho, nada intacto; *que de todo lo que habia creído sobre mí « mismo, sobre Dios y mi destinacion en esta vida y en la otra, « nada creia; y, echanto fuera de mí la autoridad que, hasta « aquel entonces, me lo habia hecho creer, no podía admitir estas « mismas creencias, y debia igualmente arrojarlas fuera de mí.*

« Horroroso fue este momento; parecióme apagarse mi primera vi- « da tan llena y tan risueña, y detrás de mí abrirse otra, lóbrega, se- « ca, marchita, en que iba desde aquel entonces á vivir solo, solo con « mi fatal pensamiento que en aquella adusta soledad me desterraba, « pensamiento que me sentia propenso á maldecir. Los dias que á este « descubrimiento siguieron fueron los mas tristes de mi vida. Prolijo « seria en demasia decir de qué movimientos fueron agitados; mi alma no podia acostumbrarse á un estado tan contrario á la flaqueza « humana; y por arranques violentos esforzabase en ganar las ri- « ras que habia perdido.

« Pero las convicciones que la razon desbarata, la razon sola puede
« volver á alzar... No pudiendo sobrellevar la incertidumbre en lo to-
« cante á la destinacion humana, y careciendo de la luz de la fe para
« resolverla, quedábanme únicamente las luces de la razon para lo-
« grar mi intento. En consecuencia resolví consagrar á este problema
« todo el tiempo conveniente, y mi vida entera, si necesario fuere.
« Tal fue el camino que me condujo á la filosofia, la cual me pareció
« ser la busca de este mismo problema.

« Mi inteligencia, excitada por sus necesidades y ensanchada por la
« enseñanza del cristianismo, habia prestado á la filosofia el gran ob-
« jeto, los vastos cuadros, el ámbito sublime de la religion; y habia
« igualado el fin propuesto por una, al fin propuesto por otra, no admi-
« tiendo mas diferencia que la de los procederes y la del método. La reli-
« gion imaginando é imponiendo, la filosofia hallando y demostrando, ta-
« les habian sido mis esperanzas cuando entré en la Escuela normal; y ¿qué
« hallaba? Toda la lucha que habia reanimado los ecos dormidos de la
« facultad, que trastornaba las cabezas de mis compañeros de estudios,
« tenian por mira, por única mira... la cuestion del origen de las ideas,
« y no otro era el objeto, objeto que nada era á mis ojos en la impo-
« tencia, que me hallaba en aquel entonces de penetrarme de los vín-
« culos secretos que unen los problemas en apariencia más abstractos
« y más muertos de la filosofia, á las cuestiones más vivas y más prác-
« ticas... No podia volver de mi sorpresa al ver el abinco que todos se
« ocupaban del origen de las ideas, como si en ese solo problema se
« tribase toda la filosofia, y que fuese posible prescindir con tanta in-
« curia del hombre, de Dios, del mundo, de los vínculos que los unen,
« del enigma de lo pasado, de los misterios del porvenir, de tantos pro-
« blemas gigantescos en los cuales *confesaban todos ser escépticos...*
« *Toda la filosofia residia en un agujero en que faltaba el aire,*
« *y mi alma recientemente desterrada del cristianismo, se aho-*
« *gaba;* no obstante, me imponian la autoridad de los maestros y el
« favor de los discípulos, y no me atrevia á hacer ver ni mi sorpresa ni
« mi desazon.

« Tal fue el modo en que trascurrieron los dos primeros años de mi
« profesorado; y si bien se examinan los trabajos que los llenaron, se
« verá que no dejaron lugar para el exámen de esas grandes cuestio-
« nes generales cuya solucion me quejaba yo de no hallar en la en-
« señanza del señor Cousin. *Yo mismo me veia llamado á profe-*
« *sar una ciencia cuyo objeto ni aun siquiera sabia.* Añadir debo,

« para decir la verdad, que el emplazamiento de estas cuestiones me
« habia llegado á ser menos penoso... No obstante, la agitacion de mi
« corazon, no habia desaparecido completamente, sino subsistia por en-
« tero; y, por intervalos, cuando tenia un momento de descanso pa-
« ra dar audiencia á mis pensamientos, apoyado en mi ventana, ó de
« dia bajo las sombras de las Tullerías, ciertos movimientos impetuó-
« sos en el fondo de mi alma, ciertos accesos súbitos de ternura, me recor-
« daban mis creencias antiguas apagadas, y me mostraban *la lobre-*
« *quez, la vacuidad de mi alma, y el proyecto continuamente apla-*
« *zado de colmar esta vacuidad.* » (Extracto de Pierre Leroux : *De*
la mutilacion de un escrito de Jouffroy.)

Ahora bien, si francos quisiesen ser todos los desventurados discipu-
los de esa filosofia, seguramente repetirian igual confesion y confirmarían
esta triste verdad: que, al perder la fe en esas escuelas, solo hallan,
para indemnizarlos de esa pérdida, un vacío inmenso que desola su áni-
mo, una duda espantosa que roe su corazon, una desesperacion fria
que vuelve abrumadora la vida.

Al pensar que millones de almas, que una generacion entera, infec-
ta y corrompida por enseñanza semejante, esparce y perpetua en Fran-
cia y en Europa sus horribles estragos, ¿quién puede sorprenderse que
el corazon lastimado de un sacerdote exhale, por agudos gritos, por pa-
labras recias su tristeza y su dolor? ¿Acaso no tenemos el derecho
tambien nosotros de sorprendernos de la indiferencia con la cual se
asiste á esas horribles hecatumbas de creencias cristianas; y aun más
al ver que los que con justa razon se indignan, que los que se estremec-
cen de santa ira contra los asesinos de los cuerpos, reclamen indulgen-
cia y caridad en favor de los asesinos de las almas?

¿Acaso no vemos olvidar, en cierto modo su dulzura y su bondad al
mismo JESUCRISTO, el Dios de la paciencia y de la mansedumbre para
con todos, al tratarse de los fariseos? ¿No los llamaba : *Sepuleros*
blanqueados, Generacion adúltera, Raza de víboras? ¿No los ano-
nadaba con sus miradas iracundas (*Circumspiciens eos cum ira,*
Marc. c. III.), con sus palabras fulminantes, con sus terribles anate-
mas? ¿Y por qué, sino porque eran hipócritas y orgullosos, que se
creian los solos sabios, los solos perspicaces, los solos iluminados, que,
monopolizando las plazas, engañaban, corrompian, estafaban al pueblo
en el interés de sus plazas y de su vanidad, apartándolos por el embus-
te y el dolo del conocimiento de Dios y de la verdad? ¿Y acaso los filó-
sofos de que hablamos — verdaderos fariseos entre los cristianos, como

los fariseos eran filósofos entre los Judíos — no son exactamente lo mismo? ¿En qué puede ser contrario á la caridad cristiana el llamar las cosas por su nombre, arrancar la máscara á los falsos filósofos y darlos á conocer por lo que son? ¿No sería una crueldad para con sus víctimas la tolerancia por las doctrinas y personas de esos señores?

Podemos por último añadir : Esa severidad no deja de ser ventajosa aun para las personas en quienes recae. Si se les ataca con seriedad y con todos los miramientos debidos al verdadero talento y á la verdadera buena fe, llegaran á creerse hombres serios, hombres de saber, hombres de importancia; llegarán á elevarse en su propia estimación, á hincharse de orgullo, y, como dice San Pablo, á evaporarse en sus propios pensamientos : *Evanescunt in cogitationibus suis*; llegarán á creer sus propios errores en que se obstinan y se pierden. Solo arrancándolos la máscara que les cubre el rostro, solo pulverizando su vanidad, solo reduciendo á su justo valor su riqueza facticia y su miseria real, se puede esperar que se lleguen á ruborizarse, á echar en sí mismos una mirada de compasión, á desconfiarse de sus propias luces, á adquirir la confusión del arrepentimiento, única fuente de la verdadera gloria (*Est confusio adducens gloriam Eccl., c. iv.*); tal es el solo medio que les queda de alcanzar el perdón y asegurarse su salvación.

Pero démonos prisa á responder á otra objeción de mas peso que ha sido dirigida contra nosotros.

§ VII. Respuesta á la censura : QUE EL SISTEMA EXPLICADO EN LAS CONFERENCIAS TIENE A ANULAR LA RAZON. Impotencia en que se halla la razon de hallar por sí sola la verdad, probada por la misma razon y la experiencia. Esterilidad de toda filosofía que se aísla de toda revelación.

Hemos oído tambien expresar el temor de que, al querer, aun en materia de filosofía, referirlo todo á la fe, parece ser nuestro fin acabar con la razon, indisponer entre sí la fe y la razon, como tambien la religion y la filosofía. ¿Pero han leído acaso el opúsculo precitado los que así nos motejan? En él hemos demostrado del modo mas claro, á lo menos en nuestro concepto, lo que entendemos por la filosofía *demonstrativa* y la filosofía *inquisitiva*; hemos probado que por nuestro sistema dejamos una vasta parte á la razon concernientemente á la verdad; que la colocamos en su debido lugar, y que, léjos de desco-

nocerla y atropellarla, aseguramos su importancia y afianzamos sus verdaderos derechos. Así dignense nuestros adversarios leer el mencionado opúsculo como igualmente lo que vamos á añadir.

En el gran negocio del *conocimiento de la verdad*, objeto, á lo que se dice, de la filosofía, no se trata de un conocimiento á que se puede llegar despues de largos años de indagaciones, de reflexiones y estudios; sino de un conocimiento incierto, confuso, vago, superficial, efímero. Conocer de ese modo las cosas equivale á no conocerlas, y semejante conocimiento no merece tal nombre. En el gran negocio del conocimiento de la verdad, trátase, dice Santo Tomás, del conocimiento que mas importa al hombre conocer, pero de un conocimiento PRONTO, CLARO, PRECISO, SIN MEZCLA DE ERROR, CIERTO, PROFUNDO, CONSTANTE Y FIRME : *De facili, brevi tempore, sine miscela erroris fixa certitudine*; y, por el hecho mismo, apto á lograr el consentimiento completo del hombre y á dirigir su conducta. Pues bien, nosotros sostenemos que, por la razon sola, por la razon entregada á sí misma, no se puede llegar á *semejante conocimiento*. Nosotros sostenemos que el espíritu humano, por mas capaz que sea, en virtud de su sublime facultad que los escolásticos llaman el INTELLECTO OPERANTE, de formarse por sí solo ideas generales de la causa y los efectos de la sustancia y de los *accidentes*, del todo y de la parte, del individuo y de la especie, etc., no es sin embargo capaz de llegar, por sí solo, al conocimiento de que tiene necesidad, al conocimiento verdadero, al conocimiento perfecto de Dios y de sus atributos; del alma y de su espiritualidad; de todo el hombre, de su destinación y sus deberes; de la vida futura, y de los medios de llegar á su posesión. Nosotros sostenemos que la razon puede muy bien explicarse á sí misma y demostrar á los demás la gran verdad que, relativamente á estas grandes tésis, ha llegado á conocer en otra parte; pero que léjos de poder alcanzar esta verdad por sus solos medios, ni aun siquiera sospecha, ni aun siquiera sospechar puede su existencia, á menos que haya llegado á recibir sus primeras nociones por una enseñanza exterior; en una palabra, nosotros sostenemos que la filosofía no puede prescindir de la revelación (1). Establecida la

(1) Por la palabra *revelación*, no solamente entendemos las verdades contenidas en los sagrados Libros, sino tambien las verdades que *reveló* Dios al hombre desde el principio del mundo; verdades que, por medio del lenguaje, propagó y estableció en el mundo la tradición, que, mas ó menos alterados, existen en todas las sociedades, y por las cuales se forma la razon del hombre; pues la criatura humana aprende á *pensar* del mismo modo que aprende á *hablar*. Véase sobre este particular, la doctrina del abate Maret, en la pag. 418 y en la nota A., pag. 474, tomo 2°.